

Sin embargo... ¡tantas veces iba el cántaro á la fuente!...

El cántaro venía á ser su castidad, y la fuente doña Tula, su patrona (¡otra patrona!), hipócrita como Engracia, amiga de su buena fama, pero más amiga del amor. Otra vez se le quería seducir, otra vez su timidez, su horror al libertinaje y al escándalo eran incentivo para una pasión vergonzante. Doña Tula tenía treinta años, había leído novelas de Belot y profesaba la teoría de que la mujer debe conocer el bien y el mal para elegir libremente el bien; si no, ¿qué mérito tiene el ser buena?

Ella elegía libremente el mal, pero no quería que se supiera. Su afán de ocultar el pecado era vanidad escolástica. No quería dar la razón á los *reaccionarios*, que no se fían de la mujer instruída y literata. Ella no podía dominar sus fogosas pasiones, pero esto no era más que un caso excepcional, que convenía tener oculto; la regla quedaba en pie: la mujer debe saber de todo para escoger libremente lo bueno.

Doña Tula escogió á Zurita, porque le enamoró su conocimiento de los clásicos y

el miedo que tenía á que sus debilidades se supieran.

Gertrudis tenía unos dedos primorosos para la cocina; era, sobre todo, inteligente en pescado frito, y aun la caldereta la comprendía con un instinto que sólo se revela en una verdadera vocación.

Con los mariscos hacía primores. Si se trataba de dejarlos como Dios les crió, con todos sus encantos naturales, sabiendo á los misterios del Oceano, doña Tula conservaba el aroma de la frescura, el encanto salobre con gracia y coquetería, sin menoscabo de los fueros de la limpieza; pero si le era lícito entregarse á los bordados culinarios del idealismo gastronómico, hacía de unas almejas, de unas ostras, de unas percebes ó de unos calamares platos exquisitos, que parecían orgías enteras en un bocado, incentivos voluptuosos de la pasión más lírica y ardiente... ¿Qué más? El mismo Zurita, entusiasmado cierto día con unos cangrejos que le sirvió doña Gertrudis sonriente, llegó á decir que aquel plato era más tentador que toda la literatura erótica de Ovidio, Tibulo y Marcial...

¡Cómo había comido, y cómo comía ahora el buen Aquiles!

En esta parte, diga él lo que quiera, le había venido Dios á ver. Sin conocerlo el mismo catedrático de Etica, que á pesar de los desengaños filosóficos se cuidaba poco de la materia grosera, había ido engordando paulatinamente, y aunque seguía siendo pálido y su musculatura la de un adolescente, las pantorrillas se le habían rellenado, y tenía carne en las mejillas y debajo de la barba. Todo se lo debía á Tula, á la patrona sentimental y despreocupada que ideaba planes satánicos respecto de Aquiles.

Era este el primer huésped á quien había engordado expreso la patrona trascendental de Lugarucos.

Tula (Gertrudis Campoarana en el siglo) era toda una señora. Viuda de un americanete rico, se había aburrido mucho bajo las tocas de la viudez; su afición á Jorge Sand primero, á Belot después, y siempre al hombre, le había hecho insoportable la soledad de su estado. La compañía de las mujeres la enojaba, y no habiendo modo de procurarse honestamente en Lugarucos

el trato continuo del *sexo antagónico*, como ella decía, discurrió (y discurrió con el diablo) fingir que su fortuna había tenido grandes pérdidas y poner casa de pupilos decentes para ayuda de sus rentas.

De este modo consiguió Tula rodearse de hombres, cuidar *ropa masculina*, oler á tabaco, sentir el macho en su casa, suprema necesidad de su existencia.

En cuanto á dejarse enamorar por los pupilos, Tula comprendió que era muy peligroso, porque todos eran demasiado atrevidos, todos querían gozar el dulce privilegio; había celos, rivalidades, y la casa se volvía un infierno. Fué, pues, una Penélope cuyo Ulises no había de volver. Le gritaba la tentación, pero huía de la caída. Coqueteaba con todos los huéspedes, pero no daba su corazón á torcer á ninguno.

Además, el oficio de patrona le fué agrandando por sí mismo; á pesar de que era rica, el negocio la sedujo y amó el arte por el arte, es decir, aguló el vino, echó sebo al caldo, galvanizó chuletas y apuró la letra á la carne mechada, como todas las patronas epitelúricas. Era una gran cocinera, pero esotéricamente, es decir, para sus

amigos particulares; al vulgo de los pupilos los trataba como las demás patronas que en el mundo han sido.

Mas llegó á Lugarucos Aquiles Zurita, y aquello fué otra cosa. Tula se enamoró del pupilo nuevo por los motivos que van apuntados, y concibió el plan satánico de seducción á que antes se aludía. Poco á poco fué despidiendo á los demás huéspedes, y llegó un día en que Zurita se encontró solo á la mesa. Entonces doña Tula, tímida como una gacela, vestida como una duquesa, le propuso que comieran juntos, porque observaba que estando solo despachaba los platos muy de prisa, y esto era muy malo para el estómago. Aquiles aceptó distraído.

Comieron juntos. Cada comida era un festín. Pocos platos, para que Zurita no se alarmase, pero suculentos y sazonados con pólvora de amor. Tula se convirtió en una Lucrecia Borgia de aperitivos eróticos.

Pero el triste filósofo comía manjares excelentes sin notarlo.

Por las noches daba muchas vueltas en la cama, y también notaba después de ce-

nar un vigor espiritual extraordinario, que le impelia á proyectar grandes hazañas, tal como restaurar él solo, por sí y ante sí el decaído krausismo, ó fundar una religión. Lo más peligroso era un sentimentalismo voluptuoso que se apoderaba de él á la hora de la siesta, y al oscurecer, al recorrer los bosques de castaños, las alamedas sembradas de ruiseñores ó las playas quejumbrosas.

Doña Tula dejaba hacer, dejaba pasar. Creía en la Química.

No se insinuaba demasiado, porque temía la fuga del psicólogo. Se esmeraba en la cocina y se esmeraba en el tocador. Mucha amabilidad, muchas miradas fijas, pero pacíficas, suaves; muchos perfumes en la ropa, mucha mostaza y muchos y muy buenos mariscos... Esta era su política, *su ars amandi*.

Lo cual demuestra que Gertrudis tenía mucho más talento que doña Concha y doña Engracia.

Doña Concha quería seducir á un huésped á quien daba chuletas de caballo fósil... ¡Imposible!

Doña Engracia quemaba con los ojos al

macilento humanista, pero no le convidaba á comer.

Así él pudo resistir con tanto valor las tentaciones de aquellas dos incautas mujeres.

Ahora la batalla era formidable. Cuando Aquiles comprendió que Tula quería lo que habían querido las otras, ya estaba él bastante rollizo y sentía una virilidad de que antes ni aún noticia tenía. La filosofía materialista comenzó á parecerle menos anti-pática, y en la duda de si había ó no algo más que hechos, se consagró al epicureísmo, en latín por supuesto, no en la práctica.

Leyó mucho al amigo de Mecenas, y se enterneció con aquel melancólico consuelo del placer efímero, que es la unción de la poesía horaciana.

Ovidio también se le apareció otra vez con sus triunfos de amor, con sus noches en vela ante la puerta cruel de su amada, con sus celos de los maridos, con aquellos cantos rápidos, ardientes, en que los favores de una noche se pagaron con la inmortalidad de la poesía... Y pensando en Ovidio fué cuando se le ocurrió advertir el gran

peligro en que su virtud estaba cerca de doña Gertrudis Campoarana.

Aquella Circe le quería seducir sobre seguro, esclavizándole por la gula. Sí, Tula era muy literata y debía de saber aquello de Nasón:

«Et Venus in vinis ignis in igne fuit.»

Aquellos cangrejos, aquellas ostras, aquellas langostas, aquellos calamares, aquellos langostinos en aquellas salsas, aquel sauterne, no eran más que la traducción libre del verso de Ovidio

«Et Venus in vinis ignis in igne fuit.»

«¡Huyamos, huyamos también ahora!— pensó Aquiles suspirando.— No se diga— le dijo al mar, su confidente— que mi virtud venció cuando tuvo hambre y metafísica, y que sucumbe cuando tiene hartazgo y positivismo. Yo no sé si hay ó no hay metafísica, yo no sé cuál es el criterio de la moralidad...; pero sería un cobarde sucumbiendo ahora.»

Y aunque algún neófito naturalista pueda acusar al pobre Aquiles de idealismo é inverosimilitud, lo histórico es que Zurita

huyó, huyó otra vez: huyó de Tula como había huído de Concha y de Engracia.

Y eso que ahora negaba en redondo el *imperativo categórico*.

La carne, aquel marisco hecho carne, le gritaba dentro: ¡amor, mi derecho!

Pero la Psicología, la Lógica y la Ética, que ya no estimaba siquiera, le gritaban: ¡abstención, virtud, pureza!...

Y el eterno José mudó de posada.

VI

Aquiles salió de las redes de Tula con una pasión invencible: la pasión por el pescado, y especialmente por los mariscos.

Aunque algo se había enamorado de la patrona, al cabo de algunos meses consiguió olvidarla. Pero el regalo de su mesa para toda la vida se le había pegado al alma. ¡Como había comido allí no volvería á comer en la vida! Esta desconsoladora convicción le acompañó hasta el sepulcro.

Y con el mismo fervor con que en mejores tiempos se había consagrado á la con-

templación del Sér en sí dentro del *yo* antes del límite, etc., se consagró á buscar en mercados y plazas el mejor pescado.

Él, que había sido un hombre insignificante mientras no fué más que catedrático de Psicología, Lógica y Ética, comenzó á llamar la atención de Lugarucos por su pericia en materia de culinaria ictiológica.

Meditó mucho y acabó por adivinar qué peces debían entrar y cuáles no en una caldereta clásica, y qué ingredientes debían sazonarla.

Pronto fueron célebres en todo el partido judicial las calderetas del catedrático de Psicología.

Cuando en la playa ó en el mercado se discutía si un besugo, un bonito ó una merluza estaban frescos ó no, se nombraba árbitro al Sr. Zurita si pasaba por allí.

Y él, sonriente, con aquel gesto humilde que conservaba á pesar de su gloria y de sus buenas carnes, después de mirar y oler la pieza decía:

— ¡Fresco! ó ¡apesta!

Y á nadie se le ocurría apelar.

Cuando los señores catedráticos tenían merienda, que era á menudo, Aquiles era

votado por unanimidad presidente de la comisión organizadora... y presidía el banquete y era el primero en ponerse alegre.

Si, había acabado por tomar una borrachera en cada festín. *¡Ergo bibamus!* decía, recordando que era hijo de un dómine.

Y en el seno de la confianza, decía en tales momentos de expansión al que le quería oír:

— ¡Huí de la sirena, pero no puedo olvidar los primores de su cocina! ¡Podre volver á amar como entonces, pero no volveré á comer de aquella manera!

Y caía en profunda melancolía.

Todos sus compañeros sabían ya de memoria los temas constantes de las borracheras de Aquiles: Tula, el marisco, la Filosofía... todo mezclado.

Mientras estaba en su sano juicio nunca hablaba ya de filosofía, ni tal vez pensaba en ella. En cátedra explicaba como una máquina la Psicología oficial, la de texto, pero nada más; le parecía hasta mala educación mentar las cuestiones metafísicas.

Pero en *alegrándose* era otra cosa. Pedía

la palabra, se ponía sobre la mesa hollando los manteles, y suplicaba con lágrimas en los ojos á todos aquellos borrachos que salvarsen la ciencia, que procurasen la santa armonía, porque él, en el fondo de su alma, siempre había suspirado por la armonía del análisis y de la síntesis, de Tula y la virtud, de la fe y la razón, del krausismo y los médicos del Ateneo...

— ¡Señores, señores: salvemos la raza humana que se pierde por el orgullo! — exclamaba, llorando todo el vino que había bebido, puestas las manos en cruz. — ¡Se os ha dicho *¡nihil mirari!* no maravillarse de nada; pues yo os digo, en verdad: admiradlo todo, creedlo todo, todo es verdad, todo es uno y lo mismo... ¡Ah, queridos hermanos, en estos instantes de lucidez, de inspiración por el amor, yo veo la verdad una, yo veo dentro de mí la esencia de todo sér; yo me veo cómo siendo uno con el todo, sin dejar de ser este...

— ¡Este borracho, este grandísimo borracho! — interrumpía el catedrático de Agricultura, gran positivista y no menos ébrio. Y cogiendo por las piernas al de Psicología le paseaba en triunfo alrededor de

la mesa, mientras Aquiles seguía gritando:

— ¡Todo está en todo y el *quid* es amarlo todo por serlo, no por conocerlo!... Yo amo á Tula en lo absoluto, y la amo por *serla* no por conocerla...

El de Agricultura daba con la carga en tierra, y Aquiles interrumpía sus reminiscencias de filósofo idealista para dormir debajo de la mesa la borrachera de los justos.

Y entonces, como si se tratase de un juicio de los muertos, en Egipto, empezaban ante el *cuervo* de Aquiles los comentarios y censuras de los amigos:

— ¡Qué pesado se pone cuando le da por su filosofía!

— Bien; pero únicamente habla de eso cuando se emborracha.

— ¡No faltaba más!

— Y lo cierto es que no se puede prescindir de él.

— ¡Imposible! Es el *Brillat-Savarin* del mar.

— ¡Qué manos!

— ¡Qué olfato!

— ¡Qué tacto!

— ¡Qué instinto culinario!

— Debía escribir un libro de cocina marítima.

— Teme el qué dirán. Al fin es catedrático de Filosofía.

VII

Ya hace años que murió Zurita, y en Lugarucos cada vez que se trata de comer pescado, nunca falta quien diga:

— ¿Se acuerdan ustedes de las calderetas de aquel catedrático de Psicología y Lógica?

— ¡Ah, Zurita!

— ¡El gran Zurita!

Y á todos se les hace la boca agua.

Oviedo, 1884.

